



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2024

Jesús Carrasco

Elogio de las manos





Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2024

Jesús Carrasco

Elogio de las manos

1

La mañana en que pusimos un pie por primera vez en aquella casa ya sabíamos que la iban a derribar. Era solo cuestión de unos pocos meses, un año, a lo sumo: el tiempo que tardara el propietario en gestionar los permisos y reunir el dinero necesario para construir varios apartamentos en el terreno en el que se levantaba aquella vivienda, abandonada tantos años atrás. Que aquel lugar terminara siendo una parte importante de mi vida, casi una extensión de mi cuerpo, es algo cuya responsabilidad solo puedo atribuirme a mí mismo. Porque fui yo, sin que nadie me obligara, el que le entregué a la casa una parte sustancial de lo que soy: mis manos.

Allí trabajé de principio a fin, en los días cálidos de verano y en los húmedos del otoño. La mayor parte de las veces, sin saber bien cómo hacer lo que me proponía. Junto con Juanlu derribé el

tabique de la cocina, tapé innumerables grietas y cerré el paso al agua que se filtraba desde la azotea. Y cuando las goteras mancharon de nuevo los techos, volvimos a repararlas. Juntos despejamos de hierbas el corral pequeño y en su lugar creció un montón de chatarra. En ese corral improvisaríamos más tarde una especie de tenderete para que Beleña, la única burra que había en la casa por entonces, se protegiera de la lluvia. Y después, en el mismo lugar en el que estuvo el tenderete, yo construí una escalera con los restos de un andamio para que las niñas pudieran subir al gallinero, que también nosotros levantaríamos. Y recondujimos la parra del patio delantero, que llevaba tantos años desatendida que había arrancado de la pared los alambres con los que la habían guiado los primeros moradores. Un tiempo después aprovecharíamos una vieja pérgola de hierro para extender la sombra de la parra, como una visera, sobre la puerta de acceso a la vivienda. Y todavía más tarde, a punto ya de marcharnos para siempre, reemplazaríamos esa estructura por un emparrado nuevo.

Visto ahora que el tiempo ha pasado, quizá fue esa primera mejora del emparrado la que marcó el punto de inflexión a partir del cual la casa empezó a importarnos. Porque ni aquella mañana en que llegamos, ni tampoco en los meses siguientes, la casa nos importó demasiado. Era tal su deterioro que parecía imposible que llegáramos a sentirnos

cómodos allí. Saber, además, que pronto sería derribada no ayudaba a que nos comprometiéramos con ella. ¿Qué pasó, entonces? ¿Qué nos llevó a trabajar tanto por algo que sabíamos que terminaría más pronto que tarde? ¿Por qué no reservamos la esperanza y las fuerzas para objetivos más plausibles? De todas las preguntas que la casa me ha formulado en este tiempo esta última es, sin duda, la pregunta crucial.

2

Aquellos pocos meses terminaron siendo diez años en los que, a pesar de lo mucho que trabajamos para mejorar la casa, fuimos nosotros los que verdaderamente nos transformamos. De habernos pertenecido habría acabado siendo un reflejo de nuestras aspiraciones, necesidades y sueños. Pero la casa no era nuestra y, además, su forma era rígida y muy peculiar, por lo que fuimos nosotros los que tuvimos que adaptarnos a ella, haciéndonos flexibles y peculiares y abrazando, o intentándolo, la provisionalidad.

En esos diez años, entre amigos, conocidos, familiares y espontáneos, muchas personas pasaron por allí. Algunos se ahormaron a la casa y otros no. Lo intentaron pero la casa siempre parecía encontrar maneras de hacerles saber que aquel no era su lugar: un ratón que, en la noche, hurgaba bajo el fregadero y crispaba los nervios; el hecho

de que el cuarto de baño estuviera encajado entre los dos dormitorios, ninguna de cuyas puertas cerraba bien; los niños del pueblo, que subían sin avisar ni pedir permiso a comerse las uvas que colgaban de la parra; o alguna vecina, que entraba sin llamar y te sorprendía en pijama; el frío húmedo de las noches de invierno que ni una tonelada de mantas aliviaba; la luz eléctrica que se cortaba; el pequeño termo de agua caliente que se vaciaba pronto y te sobresaltaba en mitad de la ducha con un viraje del placer al grito. No es que fueran las pruebas del héroe, precisamente, pero habían sido suficientes para espantar a algunos de los que pasaron por allí. El resto nos podríamos haber marchado también porque eran muchas las incomodidades, pero, por diversas razones, persistimos lo suficiente como para que esos detalles dejaran de importarnos.

A la casa llegamos por casualidad. En el invierno de 2010 Juanlu, hermano de Anaïs, mi mujer, navegaba a vela con su amigo Ignacio frente a la costa de Málaga. Hacían la ruta Estepona-Sevilla. Había mala mar ese día e Ignacio, propietario y patrón del barco, sugirió suspender la travesía, dejar el velero al abrigo del puerto de Sotogrande, alquilar un coche y llegar a Sevilla por carretera.

Les costó alcanzar la bocana y, cuando por fin amarraron, era ya muy tarde, así que Ignacio le pro-

puso a Juanlu pasar la noche en una casa que tenía en un pueblo próximo y que había comprado tiempo atrás, como inversión.

Ignacio era promotor inmobiliario y, junto con su hermano, había adquirido la casa y una parcela colindante de tres hectáreas. Su plan de negocio era doble: por un lado derribarían la casa para levantar en su lugar varios apartamentos turísticos y, por otro, en la parcela, construirían uno de esos hoteles de baja altura, edificios dispersos y grandes zonas ajardinadas. Era una idea arriesgada pero podía funcionar porque el terreno era amplio, tenía lejanas vistas al mar y colindaba con un frondoso parque natural donde los helechos y la bruma baja se fundían en los amaneceres de primavera.

Al poco de hacerse con la casa y la parcela, iniciaron los trámites para obtener las licencias pertinentes al tiempo que buscaban financiación para el proyecto. Pero a seis mil kilómetros de allí, en Nueva York, se acababa de hundir el banco de otros hermanos, los Lehman, cuyo apellido por entonces casi nadie conocía. La sacudida que provocó aquel desplome fue tal que cruzó los océanos del planeta metiendo el miedo en los bolsillos de los cinco continentes y empobreciendo todavía más a los que ya eran pobres. Los proyectos de Ignacio y su hermano quedaron en suspenso.

Aquella jornada de mar brava, mientras hacían noche en la casa e Ignacio le contaba su frustrado plan hotelero, Juanlu le propuso que le permitiera disponer del lugar mientras el proyecto estuviera detenido y, por tanto, la vivienda vacía. A Ignacio le pareció bien la idea porque sabía que, mientras la casa no fuera derribada, era más sencillo que se mantuviera en buenas condiciones estando habitada que vacía. El plan de Juanlu era ir hasta allí de cuando en cuando, montar en bicicleta por los alrededores, pasar fines de semana con amigos, perderse en aquella *terra incognita*. Sellaron su acuerdo brindando con vino de cocinar que se sirvieron en dos tazas de Arcopal que encontraron en un mueble de cocina de los años sesenta y se fueron a dormir.

Durante los meses siguientes, en las reuniones familiares, Juanlu no paraba de hablar de una vieja casa, cerca de la costa, a la que había empezado a ir. Nos contó lo de la travesía en barco, el brindis con Ignacio y los planes que este tenía para la propiedad. Hablaba con entusiasmo de humedad, ratones, malas hierbas, grietas y vecinos varios. Solo nombró a una persona y por su apodo, un tal Usbarna. No parecía un sitio apetecible al que ir, así que no sé por qué decidimos acercarnos. Lo que sí que recuerdo es que era Semana Santa en Sevilla, donde vivimos. Una época muy intensa para la ciudad y para los que la habitamos. Puede que ne-

cesitáramos escapar de la muchedumbre y tomar aire o quizá sentimos que, dada la determinación empresarial de Ignacio, de verdad íbamos a tener pocas oportunidades de conocer ese lugar que ya había empezado a transformar sutilmente a Juanlu. Ninguno de nosotros tenía ni la más remota idea de lo que nos aguardaba.